

UNIVERSIDAD Y PENSAMIENTO ÚNICO



Por Rubén Torres

El futuro apunta a nuevas preocupaciones: el cambio climático, la contaminación, nuevas formas de terrorismo, el rol de nuevas potencias como China, los cambios culturales, sociales y laborales que genera la convergencia de las nuevas

tecnologías y las migraciones, los cambios en la forma de trabajar y la necesidad de nuevas capacidades, que exigen que para conservar el trabajo, se esté preparado para cambiarlo; pero también abre nuevas esperanzas: el desarrollo de energías renovables tiende a disminuir fuertemente su precio; la salud personalizada y los avances en las ciencias elevarán la expectativa de vida varias décadas.

Los motivos de esperanza son mayores que los temores, pero las transformaciones, finalmente positivas, causarán dolores y requerirán la presencia de un Estado fuerte, que no necesariamente es sinónimo de grande y una universidad diferente. Siempre he creído que parte de la misión central de las universidades es no sólo crear más conocimiento por medio de la investigación, sino también traducirlo a nuevas ideas, que se puedan volver origen de políticas públicas basadas en la evidencia más sólida, aunque eso no implica ignorar los factores políticos: un tomador de decisiones tiene que balancear otros factores, pero la base debe estar integrada por evidencia, sin descalificar programas por prejuicios ideológicos y hacer evaluaciones serias.

Las universidades debieran ser incubadoras de ideas, ámbitos de verdadero pluralismo y garantía de excelencia de nuevas ideas. Promotoras de innovación y vanguardia, dispuestas a discutirse a sí mismas y mirarse con vocación autocrítica. Pero han perdido terreno en el debate público, y desgraciadamente también en el interno; dejaron de ser espacios de discusión, para ser estructuras dominadas por un pensamiento único en el que las voces discordantes se acallan y las discrepancias se sofocan.

Replegadas en la uniformidad, sin disensos ni matices, tanto en temas de la agenda pública, como en cuestiones de su estricta competencia (ingreso, regularidad, financiamiento); a las posiciones que contradicen al establishment universitario se las margina y estigmatiza, se les niega espacio de expresión y se las combate hasta excluirlas. Hay un núcleo de temas intocables: examen de ingreso, financiamiento alternativo, estí-

mulos por rendimiento y rankings de calidad, sobre los cuales se clausura cualquier posibilidad de debate.

Pérdida de la vocación autocrítica

La resistencia a cambiar o a permitir la autocrítica, enmascara en nombre del “progresismo” un profundo conservadurismo. No está reñido con el espíritu universitario discutir si es éticamente aceptable que en un país con el 30% de pobres, el Estado financie indiscriminadamente a los universitarios sin exigirles un rendimiento determinado (en la mayoría de las universidades, los estudiantes demoran en recibirse, el doble del tiempo que dura una carrera, pero aumentar las exigencias del alumno regular es “facho y reaccionario”, como proponer exámenes de ingreso para garantizar un buen nivel de enseñanza).

Colegios universitarios, refractarios al examen de ingreso, lo han reemplazado por sorteos de lotería, porque “el examen es discriminatorio y resta chances a quienes no pueden pagar una preparación particular”. Así, no ingresa el que más se esfuerza, sino el que tiene más suerte. ¿No deberían los propios colegios garantizar una preparación igualitaria para todos los aspirantes? En nombre del progresismo se renunció a la excelencia y se debilitó la calidad formativa de la universidad, y no hay datos rigurosos y confiables sobre la calidad, porque las mediciones y evaluaciones tampoco son aceptadas. Atrae a miles de extranjeros, no por su calidad, sino por la combinación exótica de ingreso irrestricto, gratuidad y permisividad ilimitada ante estudiantes crónicos.

La universidad “progresista” enamorada de sus propios eslóganes, dogmas y prejuicios, y con exitoso lobby por sus intereses, consiguió estudios gratuitos, boletos y hasta alojamientos: no pagan boletos los universitarios, aunque provengan de colegios caros, y sí las empleadas domésticas; y muchas han sido innovadoras y audaces postergando cualquier prurito sobre el mercantilismo, haciendo negocios con algún gobierno. ¿Es inclusiva una universidad en un país que excluye a un tercio de su población? ¿O privilegiada? Defender la universidad es defender el pluralismo, la calidad académica y la transparencia, la autonomía de verdad, sin anteojeras ideológicas; recrear una sociedad de la esperanza, la idea de una movilidad social con progreso, y saber que no somos ricos, debemos trabajar para serlo. Actualmente es mucho más relevante cómo hacer las cosas, que las cosas por hacer, y la universidad debe enseñarlo, antes de que el pensamiento único se la lleve puesta. “U